

las ruinas de la antigua Grecia, compartiendo con Dioscórides, Hipócrates y Galeno aquella suerte de dominación intelectual que les concedían los Califas.

Brillante es el espectáculo que nos presenta la corte de aquellos poderosos vicarios de Mahoma; pero si no puede negarse que por este camino llegan á erigirse hasta cierto punto en depositarios del saber del antiguo mundo, tampoco es lícito desconocer que al acaudalar su naciente literatura con los apólogos y misteriosas ficciones de la India y de la Persia, al codiciar para sí las ciencias y la filosofía de todas las naciones por ellos dominadas, ni podía surgir una civilización propia, ni menos aparecer en aquel grado de madurez y originalidad, capaces de imprimir y comunicar determinado impulso y carácter á la cultura de otros pueblos. Era la de los árabes orientales enteramente allegadiza y derivada; y si al derramarse por el Asia, el Egipto y la Grecia, habían admirado los monumentos de aquellas naciones, hiriendo todos al par su lozana y juvenil imaginación hasta el punto de aspirar á imitarlos, sorprendidos ante la magnificencia de las soberbias fábricas de Roma, que perdona en España la barbarie de los africanos, hubieron sin duda de comprender que no en balde habían llenado la República y el Imperio con la fama de su grandeza la historia de las pasadas edades. La imitación, primera fórmula de las artes, las ciencias y las letras musulmanas, debió hallar pues nuevo incentivo en las tierras de *Andálus*, tan ponderadas de los amirres, no siendo en modo alguno posible que se sustrajera Abd-er-Rahman á esta ley, impuesta al propio tiempo por la índole de su pueblo y por las circunstancias especiales en que aparece. Los medios de que se vale para echar en Córdoba los primeros fundamentos á las famosas escuelas y academias, que perfeccionan sus nietos y cuya celebridad ha deslumbrado á los eruditos, son los empleados ya en Damasco, en el Cairo y Bagdá por los perseguidores de su familia: Abd-er-Rahman no examina el origen de los hombres doctos por él congregados para dar cima á la obra de la ilustración de aquel pueblo, conjunto informe de razas arrojado por la conquista al suelo de Iberia: ni tampoco repara en la religión de los arquitectos que trazan la gran mezquita, erigida en Córdoba para emular el renombrado

templo de la Meca <sup>1</sup>. El norte único, á que encaminaba todos sus esfuerzos, era el de dulcificar y amansar con las artes de la paz la ferocidad de las tribus que componen el nuevo Imperio, cuya prosperidad han puesto en sus manos los walies españoles; y ante esta idea suprema y esencialmente política, desaparecía todo escrúpulo de superstición ó fanatismo, por más que Abd-er-Rahman, vicario también de Mahoma, intentara reanudar respecto de los cristianos las primitivas tradiciones religiosas de los Califas, pensamiento que, según después probaremos, tendía igualmente á dar unidad y fuerza á sus Estados.

Si pues la civilización de los árabes orientales era una civilización derivada; si la que promueve y fomenta Abd-er-Rahman, ya se considere como emulación de aquella, ya como un simple medio político, ofrece la misma fisonomía, así bajo el aspecto de las artes, como bajo el aspecto de las ciencias; si lejos de ser aquella cultura enérgica y expansiva, apenas tenía fuerzas para absorber los elementos que se acercaban á la órbita artificial en que gira, cómo se ha de admitir que en esta primera edad de imitación pudiera infundir su espíritu á la literatura cultivada por los mo-

<sup>1</sup> Girault de Prangey, arqueólogo monumental digno de singular estima, dice sobre este punto: «Numerosos embajadores fueron enviados por los emperadores griegos para ofrecer á Abd-er-Rahman los más ricos productos de la industria y de las artes de su país... Los sabios y los artistas corrieron de todas partes á aquellas academias, cuya fama se extendía hasta los últimos confines; y de este modo se explica con el testimonio de la historia y con el exámen de los monumentos la introducción en la arquitectura árabe de aquellos adornos, de aquella decoración pomposa de los monumentos de Bizancio» (*Essai sur l'architecture des arabes et de mores en Espagne, en Sicile et en Barbarie*, période byzantine, Paris, 1841). Digno es también de consignarse, que así como no repara Abd-er-Rahman en los hombres, tampoco pone escrúpulo en adoptar para la mezquita, que levanta sobre la basílica arrebatada al cabo á los cristianos, aunque bajo ciertas condiciones [784], los elementos arquitectónicos de otras edades. En las construcciones más antiguas de aquella grande aljama se descubren al par fragmentos y miembros decorativos del arte clásico, del arte latino y del arte visigodo (latino-bizantino), confirmando en consecuencia cuanto arriba expusimos respecto de las influencias que el arte mahometano recibe de la civilización latina, en vez de anularla ó avasallarla en nuestro suelo, como vulgarmente se sospecha.

zárabes? Y lamentando al par la confusión de las ideas y la ignorancia de las cosas, ¿cómo no ha de causarnos verdadera extrañeza el hallar tan recibida la opinión de que influyeron desde luego en los cristianos independientes, ministrándoles hasta la primera forma de su más espontánea poesía?...<sup>1</sup> Olvidaron sin duda los que se han dejado llevar de semejantes errores, que de la naturaleza íntima de la cultura mahometana debía lógicamente y racionalmente deducirse, que no teniendo aquella propio y genuino carácter, mal podía comunicarlo á la desquiciada civilización española; y no se mostraron por cierto más atentos al estado de los cristianos, ni á la política observada por Abd-er-Rahman respecto de ellos, durante la primera época de su largo reinado. No cometió este príncipe el atentado de abolir y derogar abiertamente los pactos y capitulaciones asentadas entre sarracenos y cristianos en el momento de la conquista; mas comprendiendo sin duda que el éxito de las recientes expediciones de don Alfonso, el Católico, provenía en gran parte del auxilio que le daban los mozárabes, dirigió su empeño á refrenarlos, ensayando las nuevas persecuciones, que debían producir adelante tristísimos frutos. Declaran los historiadores musulmanes, al narrar la historia del primer Califato de Córdoba, que derribó este crecido número de templos católicos, quemó los cuerpos de los santos y puso en consternación á los cristianos, quienes para salvar las venerandas reliquias de los antiguos mártires, arrojaron todo linaje de peligros, huyendo á las montañas<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Remitimos á nuestros lectores á la *Ilustración* IV.<sup>a</sup> del presente volumen, dedicada exclusivamente á la investigación de los orígenes de la poesía popular, significada muy principalmente en los *romances*, que se cantaron al propio tiempo en todos los ángulos de la Península Ibérica.

<sup>2</sup> El moro Rásis [*Ahmed-ben-Mohammad-ben-Musa-Ar-Rázi*], cuya autenticidad acaba de ser probada por un entendido académico de la Historia, decía sobre este punto: «Et este [Abderrame] nunca allegó en Espanya á buena iglesia que non la destruyesse. Et avia en Espanya muchas et buenas del tiempo de los godos et de los romanos. Et este tomava todos los cuerpos de los que los cristianos crehian et adoravan et llamavan sanctos, et quemávalos todos. Et quando esto uieron los cristianos, cada uno como podia fuyr, fuia para las tierras et para los logares fuertes. Et todas las demás de las cosas que en Espanya avia honradas, segunt la fée de los cristianos, todas los cristianos

Esta política, que parecia despertar, segun no há mucho insinuamos, la primitiva intolerancia religiosa de los Califas orientales, si fué de efecto en el primer instante, restableciendo el poderio de los musulimes, produjo en los mozárabes profunda animadversión, que procuró borrar con todo empeño el mismo Abd-er-Rahman en los últimos años de su próspero reinado, y exigió al par entera represalia por parte de los cristianos independientes. Hubo un momento en que, halagados estos por sus prodigiosas victorias, creyeron posible transigir con los enemigos de su Dios, reduciéndolos á esclavitud en la misma forma que lo habian hecho los mahometanos con los españoles que osaron resistir su pujanza, al apoderarse de la Península: desde aquel punto volvió á ser la guerra de muerte y exterminio, no habiendo ya capitulación ni tolerancia posible hasta que, trocado el aspecto de las cosas, tuviéronse los cristianos por seguros, reconociéndose más poderosos que los agarenos<sup>1</sup>.

«llevaron á las sierras et á las montañas» (*Memorias de la Real Academia de la Historia*, tomo VIII, pág. 93). Este pasaje de Ar-Razi fué traducido al latín por Andrés Resende en carta dirigida á Bartolomé de Quevedo, canónigo de Toledo, y citado por el Maestro Florez (*Obras de Resende*, tomo I, página 50; *Esp. Sag.*, tomo V, trat. V, cap. V).

<sup>1</sup> Este carácter de la guerra entre musulimes y cristianos era por otra parte consecuencia natural del estado de ambos pueblos. Habian los primeros ocupado con muy poca resistencia las provincias de la monarquía visigoda, cuando cayeron sobre la Península; y siendo de poca monta los sacrificios que hicieron para dominarla, no hallaron, cual vá notado, dificultad en la tolerancia, que partiendo de los principios ya reconocidos, era tambien una necesidad para conservar el nuevo imperio. Los cristianos pelean con un enemigo fuerte, avezado á la guerra y organizado de una manera militar; un enemigo que se robustece con nuevos ejércitos á cada instante, pues que tiene al África entera por auxiliar en defensa de la conquista: ganan paso á paso y á costa de afanes y zozobras el territorio, donde se establecen, temiendo perderlo de nuevo como les sucede con frecuencia; para ellos es una cuestion de vida ó muerte cada movimiento, cada empresa acometida por sus armas. Por eso no pueden ser tolerantes, segun lo fueron los árabes al tomar asiento en la Península, ni entra en sus miras el consentir á sus espaldas más población que la compuesta de sus propios padres y hermanos. La seguridad del suelo que se iba adquiriendo y la propia conservación les aconsejan pues el exterminio de la población musulmana, carácter principal de los primeros siglos de la re-

¿Cómo puede siquiera concebirse en tan áridos y comprometidos momentos, efecto natural del establecimiento del califato en Córdoba, que la civilización arábiga, dado que hubiera tenido entonces vitalidad bastante para imprimir su sello á otra cultura, influyese en la cristiana? <sup>1</sup> Lo que enseñan la historia y la filosofía, lo que aparece tan claro como se ha menester para producir probanza histórica, es que lejos de admitir los cristianos independientes elemento alguno de aquella civilización, rechazaron con el mayor empeño cuanto á los musulmanes se refería, no siendo tampoco racional que abdicaran los mozárabes en un día solo de su religión, ni se despojaron de los hábitos engendrados por la misma, fin á que únicamente pudo dirigirse más adelante y desengañada ya de su primer error, la política mahometana <sup>2</sup>. Que este movimiento de repulsión era consecuencia inevitable de tan angustiosas circunstancias, lo prueban las obras que han llegado á nuestros días. Casi todas las del siglo VIII son debidas á los cristianos que viven en la servidumbre mahometana, y todas, así en su número como en su espíritu y su forma, contribuyen á dar auténtico testimonio del doloroso estado de la nación española, cual resultado de la gran perturbación producida por la conquista. Pero en to-

conquista, por más que algun hecho particular parezca contradecirlo. Puede verse sobre el mismo punto la *Histoire des Mores mudejares et de morisques* del conde Alberto de Circourt, tomo I, cap. XV.

<sup>1</sup> Reprobando el erudito Masdeu la peligrosa inclinación, mostrada ya en su tiempo por los que se preciaban de entendidos, decía, procurando reducir la influencia de los árabes á más racionales términos: «Por lo que toca á la literatura de nuestros árabes, ni debemos apocarla tanto como han hecho Alonso Chacon y Tiraboschi, que contra la evidencia de innumerables documentos, ningún género de letras reconocían en ellos; ni seguir el ejemplo contrario de otros muchos modernos, como Robertson y don Juan Andrés, que subiéndonla de precio más de lo que deben, hacen agravio á nuestros cristianos de España, representándolos como discípulos de los moros en toda especie de ciencias y bellas letras» (*Hist. crit. de Esp.*, tomo XIII, núm. CVIII). Este escollo no se ha logrado salvar todavía, llegándose por el contrario al extremo que en el presente capítulo combatimos, siendo origen de no escasos errores en el campo de la crítica.

<sup>2</sup> Véase el capítulo siguiente, donde procuramos exponer esta segunda faz de la dominación sarracena sobre los mozárabes.

das se descubren también los más nobles esfuerzos para conservar las tradiciones de sus mayores, así como en medio de tan recias vicisitudes se acrisolaban sus creencias, no sin que del mismo anhelo, con que eran acariciadas y defendidas, dejaran de surgir oscuros nublados, que enturbiaron por un instante su brillo y su pureza.

Al bosquejar el cuadro sombrío de la invasión sarracena, mencionan casi todos los historiadores á un prelado de Sevilla, que florece en tiempo de Alfonso, el Católico, atribuyéndole una traducción arábiga de la Biblia «porque la lengua latina ordinariamente (observan) ni se usaba ni se entendía» <sup>1</sup>. Contradícen, no obstante, distinguidos escritores la antigüedad de este prelado, á quien llamaban los cristianos Juan Hispalense y apellidaron los árabes *Cáyed Almatrán* <sup>2</sup>, y le colocan en los primeros años del siglo X <sup>3</sup>. Ni han faltado tampoco eruditos que pongan en duda la existencia de la traducción referida <sup>4</sup>. Pero cualquiera que sea la reso-

<sup>1</sup> Mariana, *Hist. gen. de España*, lib. VII, cap. III.

<sup>2</sup> Es por extremo curiosa la carta que sobre este título dirigió en 28 de octubre de 1653 al doctor Martín Vazquez Siruela el jesuita Tomás de Leon, é insertó don Nicolás Antonio en su *Bibliot. Vetus* (lib. VI, cap. IX). En ella se aspira á demostrar, con la autoridad de afamados orientistas, que de las

voces arábigas قسيس المطران (Cacis Almitran) se formó el sobrenombre indicado de Juan Hispalense, significando el *sacerdote metropolitano* (arzobispo dice) y no el *santo arzobispo* ó metropolitano, como Siruela pretendía. Á la verdad lo viciado de la primitiva dicción *Caët, Cayet* ó *Caied*, (قايد) dá motivo á dudas; pero no así la segunda, que determina perfectamente la dignidad que Juan ejercía, tal como á la sazón se intitulaba y la habían ostentado San Leandro y San Isidoro, sus dignísimos predecesores. De cualquier modo es notable el que los árabes designaran á Juan Hispalense con aquel título de excelencia, si bien tiene la explicación natural que en el texto indicamos.

<sup>3</sup> Florez, *España Sagrada*, tomo IX, trat. IX, cap. VII.

<sup>4</sup> El diligente P. Burriel, en sus *Memorias de las santas Justa y Rufina*, Ms. de la Biblioteca Nacional, antes citado, apunta la idea de que la traducción atribuida á Juan Hispalense era tal vez un epitome de la colección *Canónica Hispano-gótica*, de que poseía Casiri un ejemplar, el cual debieron ambos cotejar con otro latino, que Burriel poseía: «Si en verdad fuere suya» [la versión de los cánones], acaso será este trabajo el que dió motivo á las expresiones del arzobispo don Rodrigo y no *Comentarios*, ni tampoco tra-

lucion final de estos problemas históricos, sobradamente difíciles de suyo y enmarañados por los eruditos, cúmplenos observar, que admitida la opinion que hace á Juan Hispalense contemporáneo del referido monarca, de lo cual hay no despreciables testimonios<sup>1</sup>, debe forzosamente deducirse todo lo contrario de lo que asientan ciertos historiadores respecto del uso de las lenguas latina y árabe. No era en verdad humanamente posible que al solo aspecto de los mahometanos olvidasen los españoles, cualesquiera que fuesen ya su descomposicion y rudeza, el idioma hablado por tantos siglos, depositario fiel de sus tradiciones y de sus creencias, segun demuestran los estudios que llevamos realizados, y prueban igualmente las obras de los mozárabes, que examinaremos en breve: Juan, que halla así entre los conquistados como entre los conquistadores, multitud de cristianos expuestos á prevaricar en medio de los sectarios de Mahoma, y que sólo debía atender, como prelado católico, al cumplimiento de su sagrado ministerio, ya que no puede libertar á su patria ni rescatar al cristianismo de los males que los afligen, atiende á fortificar la fé de aquellas tribus cristianas, cautivando así el respeto y la simpatia de la muchedumbre, consignados en el título de veneracion con que los mismos conquistadores le saludan.

»duccion en árabe de la Biblia, cosa en que halla gran dificultad el doctor »Thomas de Leon,» etc. El diligente don Rodrigo, hablando del arzobispo Urbano, «qui in urbe regia praesidebat» y de Ovancio, «archidiaconus toletanus, doctrina, sapientia et sanctitate praecipuus,» habia dicho al propósito: «In isto medio fuit apud Hispalim gloriosus, et sanctissimus Ioannes Episcopus, qui ab arabibus Caët Almatran vocabatur et magna scientia in lingua arabica claruit, multis miraculorum operationibus gloriosus effulsit, qui etiam *Sacras Scripturas* catholicis expositionibus declaravit, quas ad informatione posterum arabice conscriptas reliquit» (Lib. IV, cap. III). Las palabras del arzobispo tienen notabilísima confirmacion en el códice que abajo citamos.

<sup>1</sup> En la Biblioteca Esecorialense existió un códice con el siguiente título: *Liber Evangeliorum, versus in linguam arabicam a Ioanne, episcopo hispalensi, qui ab arabibus appellatur Zaid Almatrud, tempore Regis Alphonsi Catholici* (don Nicolás Antonio, *Bibliot. Vetus*, tomo I, lib. VI, cap. IX, pág. 487). Pérez Bayer lo juzga perdido (Id., id., pág. 487, núm. IV), y en efecto ha sido buscado inútilmente por nosotros en la expresada Biblioteca, donde hemos invertido largos años, estudiando los Mss. que la avaloran.

Pudo este generoso pensamiento ser tan fecundo como era meritorio en los primeros años de la conquista mahometana; mas contrariado ya por las discordias civiles de los amires que ensangrientan principalmente el suelo de la antigua Bética, ya por la política de Abd-er-Rhaman que, segun despues explanaremos, tendia naturalmente á quitar á los cristianos toda influencia activa en la república, sólo produjo la triste conviccion de que iba á cambiar muy luego el aspecto de la servidumbre en que los españoles yacian, mostrando al par, que lejos de haber decaido entre los cristianos sometidos al Islam los estudios latinos y el espíritu religioso que los animaba, no olvidaron medio alguno para ensanchar el círculo de sus conocimientos, á fin de propagar y sostener la fé de sus mayores<sup>1</sup>. La traduccion, ó mejor diciendo, la exposicion que este ilustrado obispo hizo de las *Sagradas Escrituras*, no manifiesta pues, como se ha pretendido, que la lengua latina «ni se usaba ni se entendia» á mediados del siglo VIII: prueba sólo que reconocida por él la peligrosa situacion y aun la necesidad religiosa de las tribus cristianas, traídas á España por el torbellino de la conquista, acudió generoso á satisfacerla con los medios más óbvios y sencillos, no

<sup>1</sup> Aunque en el capítulo siguiente nos proponemos dejar más ámpliamente demostrado este aserto, no creemos fuera de sazón el observar que la conducta de Juan Hispalense estaba enteramente de acuerdo con el espíritu que habia animado siempre y animó en siglos posteriores al clero católico. Por esta razon no hallamos dificultad en admitir el hecho de la exposicion y aun traduccion de las *Sagradas Escrituras* que se le atribuye: lo notable, lo inconcebible hubiera sido que en mitad del siglo VIII no hubiese existido un obispo que acudiera á satisfacer aquella gran necesidad de la religion, dejando en el caos á tantos millares de cristianos como la ambicion musulímica habia apartado de su patria y de sus primitivos pastores. Hé aquí pues lo noble y digno de la empresa acometida por Juan Hispalense. Ni nos cause maravilla el verle aprender, para llevarla á cumplido término, la lengua comunmente hablada por los conquistadores: los primeros sacerdotes que fueron al Nuevo Mundo, tampoco tenian nocion alguna de los innumerables dialectos de los indios, y al poco tiempo era ya grande el número de los catecismos y doctrinales escritos en las lenguas de Motezuma y Atabaliba (Ataulpa). Véase al propósito el artículo bibliográfico que pusimos al final del tomo IV de la *Historia general y natural de las Indias* del capitán Gonzalo Fernandez de Oviedo (1855).

perdiendo de vista las tradiciones de la Iglesia, ni olvidando la ciencia debida á su ilustre predecesor San Isidoro. Y si como pretenden algunos escritores, fué este prelado el mismo á quien Álvaro Cordobés (que suponen alcanzó sus últimos días) dá el título de cabeza de la *dialéctica romana*, declarándole docto maestro de las artes liberales, y concediéndole la graciosa facundia de los retóricos y la penetración de los filósofos <sup>1</sup>, no quedaria ya duda de que lejos de haber desaparecido en su tiempo el uso de la *lengua latina*, se cultivaba con singular esmero, siendo en tal caso el mismo Juan Hispalense uno de los que mayor empeño manifestaron en la conservación de aquella literatura, cuyas bellezas le eran tan aceptas y familiares <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Álvaro Cordobés decia: «Numquid deest tibi rhetorum faceta facundia, aut dialecticorum, quae ego novi, spineta contorta?... Ubi est liberale illud ingenium quasi tecum cognitum litterarum?... Exciderunt tibi philosophorum praecepta, et a mente elapsa est tot tantaque artium, quae te excoluit disciplina, ut nec iratus forte valeas conceptum intrinsecus levigare furorem?...» (*Epist. II, ad Iohannem*). En la IV le apellida «virum prudentissimum, et romanae dialecticae caput,» añadiendo que era «scientia et liberalibus artibus illustratus.»

<sup>2</sup> Así lo afirma, entre otros, don Nicolás Antonio (*Bibl. Vetus*, lib. VI, capítulo IX, pág. 483), inclinándose á creer que el Juan Hispalense, apellidado *Cáyet Almatrán*, es el amigo de Álvaro Cordobés, por lo cual le coloca después de este docto mozárabe: *non absque fundamento...* placuit post dictum Alvarum viri celeberrimi memoriam hoc loco habere (Id., id., pág. 482). Debemos notar sin embargo que respecto de que este Juan Hispalense sea el mismo de la versión ó exposición arábica, hecha en tiempo de don Alfonso el Católico, abrigamos grandes dudas, pues que por el contexto de las *Epistolas* que dirige á Álvaro, se deduce que era casado y maestro de *retórica*, no siendo posible que estas circunstancias concurriesen en un obispo de la edad que es necesario suponer para que alcanzara los tiempos de don Alfonso, y más todavía los de Abd-er-Rahman II y Mahommed I, en cuya corte florece Álvaro. Sea como quiera, es digno de repararse, para desvanecer el error de los que explican la traducción ó exposición de las *Sagradas Escrituras* (Sacras Scripturas catholicis expositionibus declaravit), hecha en lengua *arábica*, por el olvido é ignorancia de la *latina*, que floreciendo el Juan Hispalense, amigo de Álvaro, del siglo IX al X, lejos de semejante olvido é ignorancia, suponía el mayor esmero en los hombres doctos para perpetuar, al menos en la esfera de las letras, los tesoros que aquella lengua encerraba, así respecto de la

Iguales deseos abriga Cixila, varón esclarecido, que ocupaba por los años de 744 la silla de Toledo, bajo la dominación de los musulimes: educado en aquella Iglesia durante los últimos días de la monarquía visigoda, participaba este obispo del espíritu de los Ildefonsos y Julianes, mereciendo ser calificado por Isidoro Pacense «de erudito en las cosas santas y restaurador de los templos católicos» <sup>1</sup>. Felix, que se asienta en la misma cátedra desde el año 693 al 700, habia escrito la vida de Julian, libertando de esta manera (según oportunamente advertimos) las obras y la memoria de aquel prelado, de la injuria y oscuridad de los tiempos: Cixila, á quien arrebatada la elocuencia de Ildefonso <sup>2</sup>, y llenaba de respeto la fama de sus virtudes, logrando la fortuna de alcanzar en vida algunos venerables ancianos que admiraron y co-

literatura clásica como de la cristiana propiamente dicha. Pero esta observación la ampliarán los lectores con los siguientes capítulos.

<sup>1</sup> El Maestro Florez pone el pontificado de Cixila de 774 á 783; pero citado por Isidoro Pacense en la Era 782, no es posible admitir esta cronología, por más que aquel entendido investigador sospeche que ha podido intercalarse en la crónica el párrafo que trata del referido metropolitano. Una circunstancia convence precisamente de lo contrario: en el *Himnario hispano-visigodo* que en el anterior capítulo examinamos, al fól. 31 vto. de la copia de Burriel se encuentran doce versos latinos, que empiezan:

Templum hoc, Domine, Cixila condidit.  
Dignam hic habeat sortem: in aethera  
Cum summis civibus cantica praecinat,  
Gaudens perpetuis saeculis omnibus, etc.

El templo, de que se habla en estos versos, es el de San Tyrso, que existió extramuros de Toledo, según persuade el docto Burriel. Dando á Cixila el obispo de Paz Augusta el título de restaurador de las iglesias [ecclesiarum restaurator], sería necesario suponer para admitir la inserción que el P. Florez indica, que el aditador conocía los versos del *Himnario*. Mas en este caso no hubiera llamado á Cixila *restaurator*, sino *fundator*, lo cual pudo admitirse en el lenguaje poético, pero no en el histórico. La identidad de la noticia y la disparidad de la forma, no dejan pues duda de que el Pacense es el autor del *Número LXIX* de su *Epítome*; debiendo observar por último que es un expediente fácil, pero no admisible, el suprimir y dar por apócrifo aquello que no acomoda á los intentos del que discute ó narra. Florez conocía estos versos (*Esp. Sag.*, tomo V, pág. 327).

<sup>2</sup> Inediam nostram ingenti satiavit eloquio (*Vita Sancti Ildeph.*, num. I).

nocieron al discípulo de Isidoro, aspiró á consignar en breve tratado la relacion de los milagros que la tradicion popular le atribuia, no sin que recogiera de igual modo la noticia de sus celebradas producciones. Escrita la *Vida de San Ildefonso* con admirable candor, no solamente completó Cixila la obra de Julian, de que tienen ya conocimiento los lectores, sino que fomentando la devocion y cariño con que recordaban los cristianos en medio de la servidumbre la ciencia y la virtud del inspirado defensor de Maria, excitaba su fé, abriendo al propio tiempo el camino á la adoracion que en siglos posteriores le tributan Iglesia y pueblo toledanos <sup>1</sup>.

La piedad de Cixila y su amor á las letras parecian servir de intérpretes en la antigua córte visigoda á la respetada escuela de los Eugenio y Julianes, cuyas preciadas obras eran consideradas en medio de la cautividad como el más rico depósito de las ciencias divinas y humanas. Cixila no es ya elegante y grandilocuo á la manera de Ildefonso; y sin embargo, en los brevísimos rasgos de su pluma que han llegado hasta nosotros, descubrimos aquellas felices dotes que tanto habian resaltado en los ingenios españoles del siglo VII. Empeñado en seguir sus huellas, procuraba tambien dar nuevos quilates á su estilo y lenguaje, imitando los ornamentos, con que habian intentado aquellos engalanarlos: obediendo Valerio á la necesidad de reemplazar en alguna manera las olvidadas armonias de la lengua del Lacio, ó ya fundándose en un precepto del arte, consignado por el doctor de las Españas en el memorable libro de los *Orígenes*, habia admitido en la prosa el poco usado atavio de las rimas <sup>2</sup>. Cixila, autorizado por este ejemplo, que tenia ya en el arte métrica numerosas y frecuentes imitaciones, salpica la narracion de rimas peregrinas, que le comunican extraño y singular colorido; y como Valerio, hace mayor gala de este raro adorno precisamente en aquellos pasajes de más importancia, donde toma la descripcion cierto movimiento poético <sup>3</sup>. En esta forma acogia y respetaba el obispo de

<sup>1</sup> Véanse sus himnos en la *Ilustracion I*, núm. XXXV.

<sup>2</sup> Véase la *Ilustracion I*, donde tratamos de propósito esta materia.

<sup>3</sup> Narrando Cixila la aparicion de Santa Leocadia, dice: «Clamabat inter

Toledo todas las tradiciones científicas y literarias de aquella docta escuela, que personifica en Ildefonso, cuya doctrina brillaba en la Iglesia con la claridad del sol y de la luna <sup>1</sup>. Comprendiendo que en el naufragio comun de la nacion sólo podia conducir á puerto de bonanza el recuerdo de otras más prósperas edades, muestra á los cristianos la senda seguida por tan ilustres varones, enseñándoles á vivir en lo pasado. Pero agitada la Península por el furor mahometano, no alcanza el noble propósito de Cixila á tranquilizar el ánimo de los suyos, viéndose él mismo forzado á poner en salvo las reliquias de los santos, libertando con ellas del fuego, ya que no de la codicia sarracena, inextimables tesoros de las letras y de las artes, donde aprendemos ahora á fijar los caracteres que al consumarse la perdicion de España las distinguian, reconociendo al propio tiempo la incontrastable fuerza de la tradicion, que triunfando de la gran catástrofe visigoda, se propaga llena de vida á los siglos futuros <sup>2</sup>.

voces populi velut mugiens, ut aliquod incisorium *deferrent*, unde quod manibus *tenebat* praecideret; et nemo illi *acurrebat*, quia Populus vastis ictibus rictibusque *frendebat*. Nam et sancta Virgo quod voluntate *submiserat* ut desideria *creherent*, violenta *retrahebat*,» etc. Y refiriendo la de la Virgen, escribia: «Servus Dei Ildefonsus... dum diem Dominae suae... ovans *susciperet*, et in laudem genitricis Dei... summo cum cordis affecta harmoniae modulatione composita musica *appareret*, et libellum Virginitatis more synonymiae testimoniis Veteris ac Novi Testamenti plenum compe *ederet*, et digna facundiae magnificentiam iam praefatae Dominae suae *exornaret*, dum ante horas matutinas solito more Domino *consecraret*, diaconus vel subdiaconus atque clerus ante eum cum faeculis *praecedentes*, subito ostia atrii *aperientes*, et ecclesiam *intrantes*, atque in splendore coelesti oculos *defigentes*, lumen quod ferre non *valuerunt*, cum tremore *fugientes*, lampades quas manibus tenebant, *reliquerunt*,» etc.

<sup>1</sup> Cuius doctrina usque hodie fulget Ecclesia ut sol et luna (*Vita S. Ildefonsi*, núm. II).

<sup>2</sup> Se ha escrito y se ha dudado mucho sobre la época en que fueron trasladadas á Asturias las reliquias de los santos, suponiendo unos que sucedió este memorable hecho en el primer momento de la conquista, y defendiendo otros, acaso con mejor criterio, que sólo pudo verificarse con la primera persecucion de Abd-er-Rahman, cuando existia ya un poderoso núcleo y asilo para los cristianos, en la monarquia creada por don Pelayo.—Como quiera, nos es dado hoy asegurar, merced á los estudios arqueológicos que hemos